

# Una carta del Cura Santa Cruz

por

José Manuel Gandásegui Larrauri

D. Manuel Ignacio Santa Cruz y Loydi, aquel sacerdote de Elduayen, que de modo ejemplar ejercía su sagrado ministerio en la villa de Hernialde, vióse, por azares de la última de las llamadas guerras carlistas, erigido en figura destacada —mística, hasta cierto punto— de la actualidad española de la época, y obligado, luego, a abandonar el solar patrio para vivir los postreros días de su existencia en tierras americanas, falleciendo en Colombia, el día 10 de agosto de 1926, a los ochenta y cuatro años de edad.

Y el que durante algún tiempo había asumido funciones de autoridad —autónoma en ocasiones, omnimoda a veces— en el Norte de España, amado y respetado por unos, temido, aborrecido o envidiado, por otros, dedicó los últimos años de su vida única y exclusivamente al desempeño de sus funciones sacerdotales y, principalmente, a predicar entre almas de infieles la doctrina de Cristo.

De la enorme voluntad con que se consagró a tan elevada causa, de la diligencia y celo que puso a su servicio, de cuanto por la misma padeció, sin proferir la menor queja, quedamos un buen número de testimonios, habiéndome cabido la fortuna de dar con uno de ellos, que no es sino una carta que, firmada por D. Manuel Loydi —“el oscuro Padre Loidi”, como califica al cura, D. Juan Olazábal y Ramery, en su extensa biografía del mismo— y dirigida a un amigo suyo llamado Miguel —cuyos apellidos desconocemos—, escribió en Jamaica el sacerdote exilado en 3 de julio de 1889.

Nada tan veraz, ni nada tan engañoso, al propio tiempo, para el conocimiento de una persona, como cuanto ésta pueda decir o escribir. Quien lo hace pensando en la posteridad, en que sus dichos o hechos han de ser objeto ulterior de comentarios, indudablemente, por ese tan humano vicio de vanidad que en la casi totalidad de

los mortales prende, desfigura —en ciertos casos hasta intencionadamente— cuanto dijo o cuanto hizo, o cuanto creyó decir o hacer. Pero cuando el sujeto hace o dice para sí mismo y no para los demás, cuando deja hablar a su boca o correr a su pluma sin preocupación alguna de opinión ajena, lo dicho o hecho es fiel reflejo de su caracteriología.

Este es el Caso de Santa Cruz, respecto de la carta que nos ocupa, carta que escribe con la máxima sencillez —“voy poniendo en el papel según viene”, afirma en ella—, como cumple a quien, abandonando los negocios mundanos, solamente se ocupa de alcanzar su último y fundamental fin, el de gozar la dicha eterna.

Así, pues, la carta que vamos a comentar puede, a nuestro juicio, servir para aportar una pequeña luz al estudio del carácter del Cura Santa Cruz, siendo ésta la única razón por la que damos publicidad a la misma.

Por ella vemos que al sacerdote de Elduayen el trabajo le abruma: “tengo cinco o seis lugares —escribe— que visitar y a veces más; porque después de la muerte del Padre Porter, hay mucha escasez de Padres y se hace lo que se puede”, faltándole tiempo para el ejercicio de su misión, como nos lo indica en dos pasajes de la carta: “La última vez que escribí a Vd. —dice como iniciación de la misma— tenía tanta prisa que ni me acuerdo lo que le escribí”, añadiendo, más adelante, “uno no tiene tiempo para prender fuego”.

De esa su ardua labor y del modo como la sobrelleva bástenos la lectura de unas líneas de su carta, de las que se deduce el cúmulo de dificultades con que, para el logro del fin que se propone alcanzar tropieza; dificultades que nacen, exclusivamente, de la escasez de medios de que dispone.

La falta de misioneros constituye para el Padre Loydi objeto de honda preocupación, y a ella se refiere, además de en uno de los párrafos que líneas atrás transcribimos, al término de su epístola, cuando dice: “Vamos a pedir al Corazón de Jesús se apiade de nosotros y mande más obreros”.

Otro de los graves obstáculos con que en la senda emprendida por D. Manuel éste tropieza es la falta de escuelas que “para adelan-

tar en la fe" de los infieles, Santa Cruz imperiosamente reclama, poniendo especial interés en que las mismas sean "instituciones tales como la de Don Bosco", mediante las cuales —asegura— "bien pronto se convertiría Jamaica".

No solamente son "obreros" y "centros de trabajo" lo que el Cura precisa para la realización de la enorme labor que lleva a cabo, sino que también le es de todo punto indispensable "capital", recursos económicos, con los que no cuenta. Y, no pudiendo hallarlos sino acudiendo a quienes de ellos disponen, solicita de su amigo D. Miguel que "cuando oportunidad (1) pida a amigos ricos como Dn. Pedro que suelten la bolsa y mándeme —agrega— escapularios, medallas y tantas cosas".

Mas, todo, sufrimiento, quehaceres, dificultades, etc., los padece con paciencia ejemplar, con humildad admirable, con la máxima resignación. "No tengo casa fija como V. ve y ni sirvientes a veces", manifestando, con toda sencillez, sin que en sus frases se advierta el menor atisbo de ironía, "a veces soy cocinero; para comer unos cuantos frijones no se necesita mucho! (2) estudio! garbanzos y chuletas se comen de recuerdo!".

Pero aún hay más; aquel hombre que, revestido de poderes de mando, había realizado una campaña guerrera, se transforma, en la batalla que para la redención de las almas había voluntariamente empeñado, de Capitán que era en soldado raso, sin que a tal mutación concediera importancia alguna; antes, por el contrario, se encuentra satisfechísimo de ella, puesto que, con la mayor naturalidad dice: "hago lo que me mandan y nada más", convencido —¡qué esfuerzo hubiera sido preciso realizar para llegar a tal convencimiento por quien no se hallara dotado de las virtudes de Santa Cruz!— de que "más fácil es obedecer que mandar".

---

(1) Falta, sin duda, la palabra "tenga", intercalada entre "cuando" y "oportunidad". Esta omisión tiene, para nosotros, el gran valor de atestiguar la despreocupación con que Santa Cruz escribía la carta que nos ocupa, prueba evidente de que no pensaba que ésta podía llegar a persona distinta de su destinatario y, menos, que sería, un día, comentada como documento histórico.

(2) Por la misma razón que la expuesta en la nota (1), la intercalación errónea de este signo de admiración, como la falta de otros signos ortográficos en la carta comentada, nos muestra la sinceridad que en la redacción de la misma ponía el Cura.

De Don Bosco, bien pronto se  
comentó rico Samacá en

Vamos a pedir al Corazon de  
Jesús a que se acuerde y  
mande muy pronto.

Cuando oportunidad pida a  
amigos, síes como D. Pedro  
que sudan la bolsa y mandaron  
escapularios medallas y tentes  
etc. etc.

Mis saludos a Jim Liza  
y que siempre me acuerde de  
ella en la prisión. Felices  
a todos mis amigos el Hermano  
y gente doctor etc etc.

Por suyo apretadísimo  
amigos Luis Leguía y de cosas  
Manuel Rojas

(Luis Rojas)

7

J. M. G

Samacá 3 de Junio de 1989

Señor Don Miguel

La última vez que escribí  
a U. tenía tanta prisa y  
nada acuerdo lo que le escribí.  
Ahora tengo un poco de tiempo  
por lo voy poniendo en el papel  
según venga.

El mensajero de Bilbao  
que viene mandaba no ha de  
pasar a mis manos. He estado  
leyendo estos últimos días los  
numeros que traje conmigo y  
me inspiran tanto, tal vez por  
acordar algo de papá, que está  
ausente de tener tener los  
momentos; y espero de un

bondad que me mandará a  
ante posibilidad; ademas cualquier  
en otra casa que me sirven  
para tener y propagar la de-  
vorion al Sagrado Corazon de  
Jesus. Los ejemplos del pays  
no tienen mas fuerza todavia.

Uno no tiene tiempo para plantar  
fuego! Tengo unico o seis lugares  
que visitan y a veces mas; por que  
despues de la muerte del Padre Porter  
hay mucha escasez de Padres y  
se hace lo que se puede; hago lo  
que me mandan y nada mas  
y mas, para obedecer que mandas  
No tengo casa fija como a veces  
ni viviendas a veces yo tengo  
Cocina; para cocer unos cuantos

frijoles en se necesitan muchos!  
estuvieron, garbanos y chulitas se  
comen de recorde, y sin em-  
bargo estoy contentisimo, nada  
tengo y nada me falta. Living  
a bien tiene nada de falta.

Cuantas gracias debo a Dios por  
haber me traido por aqui! Es-  
ta es mi California.

Sin embargo no faltan trabajos  
Grande paciencia se necesita pa-  
ra convertir a las gentes espe-  
cialmente entre Protestantes.

Muchos de los grandes obreros aqui  
para adiantar en la fe' es la  
falta de escuelas. Ahí se han i-  
nstituido algunas escuelas especial mente  
por institucion de los americanos

A pesar de las fatigas que pasa, de las privaciones que sufre, Santa Cruz las acepta alegre. “Y sin embargo —escribe— estoy contentísimo; nada tengo y nada me falta”, debiéndose esa enorme alegría de que goza al convencimiento pleno de que “quien a Dios tiene nada le falta”. Y, por ello, como magnífico cristiano que es y, por consiguiente, conocedor de que las tribulaciones mundanas son pasajeras y que su padecimiento constituye mérito indiscutible para alcanzar el Reino de los Cielos exclama alborozado: “Cuántas gracias debo dar a Dios por haberme trahido por aquí. Esta es mi California!”; es decir, ¡éste es el lugar que por designio de la divina Providencia me ha sido destinado para lograr incalculables riquezas de orden espiritual!

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es, de entre las que el Padre Loydi profesa, la que en él predomina, y, “para tener y propagar” (3) esa devoción, solicita de la persona a la que la carta va dirigida el envío de todos los números del “Mensajero de Bilbao” (4), que está “ansioso de tener, tal vez por recordar algo del pays”—cuyos ejemplos, indica, “veo tienen más fuerza todavía”—, como asimismo de “cualquiera otra cosa” que a dicho efecto sirva.

\* \* \*

Este es el contenido de la carta que el Cura Santa Cruz, desde Jamaica, escribió a su amigo D. Miguel—cuyos apellidos y dirección desconocemos por no haberse conservado del sobre en el que aquélla iba sino los sellos, adheridos al primer pliego de la misma—, en 3 de junio de 1889.

De cuanto en ella el desterrado puso, ¿puede obtenerse dato alguno que nos sirva como tenue pincelada para el retrato psicológico del tan traído y llevado sacerdote?

Ese sería nuestro deseo.

San Sebastián, 17-II-47.

(3) Subrayado en el original.

(4) Refiérese a la gran revista bilbaína “El Mensajero del Corazón de Jesús”.